

Cuentos De Verano

-1-

Autor: Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Ilustradora: Noemí Contreras

Cuentos
De Verano

-1-

Cuentos
a orillas del
río Cigüeñuela

Chema Contreras José Manuel Contreras)

© *Chema Contreras (José Manuel Contreras de Lucas)*

Correo electrónico: cuentosaorillasdelrio@josemcontreras.es

<https://www.josemcontreras.es>

Twitter: @TxemaContreras

© Ilustradora: Noemí Contreras

Junio 2018

Dedicatoria

Quisiera dedicar estos cuentos a todos los abuelos y abuelas que trasladan su sabiduría, conocimientos, experiencia y cariño a sus nietas y nietos.

Creo que la figura de estos mayores es fundamental; imprescindible diría yo, para el desarrollo de esos pequeños y pequeñas que sueñan con un mundo maravilloso que todos debemos ayudar a construir y mantener.

Algunos de nosotros puede que no tengamos hijos o hijas, o que no tengamos nietas o nietos; sin embargo, todos hemos tenido abuelos y abuelas. Unos tuvieron la suerte de disfrutar de ellos; otros, no tuvimos la misma suerte, pues partieron antes de nacer nosotros, pero quizá tuvimos la fortuna de que alguien nos hablase de ellos.

Para todos los abuelos y abuelas; para todas las nietas y nietos, mi admiración y cariño.

El Autor

Índice

<i>El río Cigüeñuela</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela</i>	9
<i>Las Tierras del Polo</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>La concha mágica</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>El Monte de la Atalaya</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Actividades</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>“Cuentos de Verano –1–</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Actividades El río Cigüeñuela</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Busca palabras después de la lectura.</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Haz un dibujo.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

¡E

rror! Marcador no definido.

Sopa de letras después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Ayuda a Josema a escribir versos.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades Las Tierras del Polo

¡E

rror! Marcador no definido.

Encuentra sinónimos después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Continúa tú la aventura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades La concha mágica

¡E

rror! Marcador no definido.

Descubre la frase.

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Julio te propone hacer dos acrósticos.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades El Monte de la Atalaya

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Completa las frases, después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Busca palabras con tilde, después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones El río Cigüeñuela

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones Las Tierras del Polo

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones La Concha Mágica

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones El Monte de la Atalaya

¡E

rror! Marcador no definido.

Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

Me gustaba ir durante las vacaciones de verano al pueblo con mi abuelo. Me enseñaba muchas cosas que no se aprenden en el colegio. Mi abuelo cogía su sombrero de paja y yo mi gorra visera de color azul y empezábamos a andar.

Recorriamos los campos en los que mi abuelo y otros habitantes de su pueblo sembraban hierba para el ganado y que recogían para darles de comer en invierno, cuando la nieve lo cubría todo.

Pasábamos por las huertas abriendo los riegos y quitando las malas hierbas que no dejaban crecer los frutos de las huertas. Cogíamos tomates pintones de las matas, pepinos, lechugas tiernas, algunos rabanitos...; lo que nos apetecía para comer. Luego nos sentábamos cerca de una arboleda que bordea los huertos y por donde discurre el río Cigüeñuela. Un río no muy ancho y que, por la parte donde más cubría, a mí me llegaba por la cintura.

Su agua era limpia, fresca y cristalina, y venía de la sierra, del deshielo de la nieve de las montañas. Era de

esos ríos de los que se podía beber su agua y en la que refrescábamos las verduras recogidas para comer.

Mientras preparábamos todo aquello, sin ninguna prisa, mi abuelo Julián empezaba a contarme alguna historia de las que le había contado su abuelo; y a éste el abuelo, de su abuelo; y a éste el abuelo, del abuelo, de su abuelo...; y así hasta donde le recordaba la memoria, y que era mucho.

Mi abuelo me decía que eran historias que habían sucedido, de verdad, hace muchos, muchos años. Que no eran cuentos.

Aquel día lo recuerdo perfectamente. Yo estaba sentado sobre una piedra, en el borde del río y con los pies descalzos metidos en el agua fresca, pues habíamos andado mucho y los tenía ardiendo.

—Mira, abuelo —le dije—. Yo creo que esos peces me están mirando. Llevan un rato ahí quietos, la corriente no les arrastra y no se asustan de mí ¡Sí, abuelo, me están mirando! Yo me muevo hacia un lado y ellos me siguen con la mirada; y si me muevo hacia el otro ellos me siguen también.

Era cierto que me estaban mirando o, por lo menos, a mí me lo parecía. No eran más de media docena de pequeños peces un poco más grandes que mi dedo Corazón. Yo me movía para un lado, intentando no asustarles con el movimiento de mis pies, pero según me

movía ellos me seguían haciendo girar sus pequeños cuerpos con el movimiento de sus aletas.

—Hace muchos años —empezó a contar mi abuelo, sin dejar de picar un tomate que tenía en la mano—. Un zagal de ocho años, como tú, que se llamaba Ramón, se encontraba sentado a la orilla de un río parecido a éste y que pasaba cerca de su pueblo, pensando en lo maravilloso que podía ser nadar por el río como lo hacían los peces que el veía cada tarde desde el puente cuando volvía de la escuela.

Aquella tarde, Ramón ni tan siquiera lo sospechaba, iba a ser diferente al resto de las tardes en las que se sentaba a la orilla del río pensando en éste y otros pensamientos. Sentando en el borde del río, en silencio y con la vista fija en el agua intentando descubrir algún pez o a cualquier habitante de aquellas cristalinas aguas, escuchó una voz muy bajita de la que no llegó a entender lo que decía, pero que le obligó a volverse para descubrir de dónde procedía.

Miró a su espalda; a los lados; hacia el río ¡Qué cosa más rara! —pensó—. Yo diría que he oído hablar a alguien —se dijo—. Al no encontrar nada raro continuó mirando en dirección al río en el más absoluto silencio; tan solo se oía el discurrir del agua.

A los pocos minutos, de nuevo, se empezó a oír un murmullo de voces muy bajito. Ahora, a Ramón le

parecía que las voces procedían del otro lado, de entre unas espadañas que crecían a la orilla del río.

Se tumbó en la verde pradera que se extendía desde el camino del puente hasta la orilla del río. Con la tripa pegada a la hierba. La respiración contenida, y fijando la mirada en aquellas espadañas.

Estaba ya casi a punto de dejar de aguantar la respiración, que había contenido para no hacer ruido, cuando de nuevo volvió a escuchar las voces. Fue soltando el aire que aguantaba en los pulmones lo más lentamente posible; y con aire renovado y aguantando de nuevo la respiración, apartó con mucho cuidado las espadañas que tenía más cerca, ayudándose con la rama de un árbol que encontró a su lado.

¡No es posible! ¡Debo de estar soñando!, se dijo.

Por más que miraba, no podía creer lo que estaba viendo. En un pequeño charquito que se había formado entre las espadañas y que lo aislaba del resto del río, habían quedado atrapados cuatro pececillos de diferentes tamaños.

Tres eran de color verde y el cuarto, que era el más pequeño, de color gris. Con la cabeza fuera del agua, los cuatro pececillos estaban enzarzados en una gran discusión, por lo que no se dieron cuenta de que Ramón les observaba desde el otro lado de las espadañas.

—Os dije que era peligroso meternos aquí a jugar al escondite —decía uno de los peces de color verde al que llamaban Pez Flecha, porque su cuerpo era alargado—. El río a veces trae menos agua porque los hombres abren y cierran presas, por su cuenta, para poder regar sus campos. La Madre Naturaleza no interviene y nos podemos encontrar en situaciones imprevistas como ésta.

—Yo no quise entrar aquí; me daba miedo —contestó Arco iris, el más pequeño; y le llamaban así porque tenía en su costado izquierdo un grupo de pequeñas manchas con los colores del arco iris—. Estaba cansado porque ibais nadando muy rápido y no os podía alcanzar. Aleta Redonda nos convenció de que aquí podríamos descansar un poco.

—Eres un quejica —le replicó Aleta Redonda—. Otro día no te dejaré que vengas conmigo, ni te enseñaré a nadar contra corriente aprovechando las curvas del río.

—No te enfades con él —intervino Cola Veteada—. La culpa ha sido nuestra, que somos los mayores, por alejarnos tanto de casa. Es el más pequeño y debíamos haber cuidado los tres bien de él. Llevamos mucho rato intentando salir de aquí y no hemos sido capaces. No sé si os habéis dado cuenta, pero estamos más apretados porque cada vez hay menos agua en este charco.

—No discutamos más —intervino Pez Flecha—. Lo que tenemos que hacer es pensar todos juntos en alguna forma de salir de aquí. No nos queda mucho tiempo y en nuestras casas deben estar preocupados por lo que nos haya podido pasar.

